

humildad y de su modestia. ¡Oh, H. M.! Rodead á María con vuestros obsequios y homenajes; tejed una guirnalda con vuestros corazones y depositadla á los piés de esa Madre, modelo el más perfecto y acabado de Jesucristo bajo el punto de vista de su humildad.

Veamos ahora cómo fué la copia más fiel de la pobreza de su Divino Hijo.

## SEGUNDA REFLEXIÓN.

POBREZA DE MARÍA.

María, en efecto, fué pobre como su Hijo. Jesucristo no solamente no quiso las riquezas, sino que las rechazó; y rechazándolas, las condenó; y condenándolas, las colocó entre las pompas de Satanás. Por el contrario, amó la pobreza; amándola, la abrazó; abrazándola, la autorizó; autorizándola, la santificó y la colocó entre las bienaventuranzas del Cielo. Ved ahí, H. M., la doctrina del Evangelio.

María á su vez imitó á Jesucristo. Ella desciende de regia estirpe, y sin embargo, nada nos dice de esto el Evangelio. Si alguna distinción encuentro en esta Virgen, no es otra que su grande y profunda miseria. En el mundo hállanse de ordinario unidos el nacimiento ilustre y una gran fortuna, porque ambas cosas simpatizan y rehuyen la humillación. María empero, sin embargo de su ilustre alcurnia, se une con José, pobre carpintero, sin otro patrimonio que la sierra y el formón para subvenir á las necesidades de su familia.

Cuando nace Jesucristo, un pesebre es su cuna, la paja sus tapices, y la desnudez más completa compone todo su ajuar. Su pobre Madre carece de todo recurso para atender á las necesidades del recién nacido, y el único alivio que puede proporcionarle, se lo debe á los pastores que llegan al establo á ofrecerla sus modestos presentes. La ingeniosa caridad es la única que responde á las grandes privaciones del Hijo de María. Cuando se hace preciso rescatar al divino Infante, incapacitada María de presentar en el Templo la ofrenda de los ricos, se ve obligada á ofrecer el dón de los pobres, y entre sus delicadas manos agítanse dos blancas tortolillas.

Jesucristo, durante su vida, padece hambre y sed, hasta el punto de permitir en una ocasión á sus discípulos, hambrientos también como El, que desgranasen algunas espigas para alimentarse. En su consecuencia, si Jesucristo padeció hambre y sed, María ha debido sufrir con El estas mismas necesidades, pues como Madre estaba llamada á participar de las privaciones de su Hijo.

¿Y habrán de quedar perdidos para el mundo tan sublimes ejemplos? ¡Oh! ¿No escucháis por do quiera los gritos de la humanidad, debatiéndose bajo el peso de la miseria? ¿Por qué esas agitaciones, esas blasfemias, esas murmuraciones de la muchedumbre? ¡Ah! es que todos han olvidado que Jesucristo vino á la tierra á explicar y santificar la pobreza, vinculándola la herencia del Cielo; puesto que

de sus augustos labios salieron estas palabras consoladoras: *Beati pauperes spiritu.*

María, pues, se asoció al misterio de la pobreza de su Divino Hijo, para dejarnos un ejemplo, una esperanza, un consuelo. Concluyamos considerándola como un modelo de sufrimiento.

## TERCERA REFLEXIÓN.

SUFRIMIENTO DE MARÍA.

Toda vez que pronunciamos el delicioso nombre de María, figúrenos haberlo dicho todo, cual si solamente expresase gozo, ventura, honor, gloria, esplendor, etc. Y sin embargo, ¡cuán grande es nuestro error! Es que no percibimos más que las apariencias, y según ellas formamos nuestros juicios. María quiere decir humildad, pobreza y, sobre todo, sufrimiento. San Jerónimo, interpretando el nombre de María, dice que significa: *Amarum mare*, un mar de amargura. Yo creo á mi vez, que debiendo los nombres expresar la naturaleza de las cosas, ningún otro convenía mejor á la Virgen que el de María. Y si me exigís una prueba de sus padecimientos, yo no haré más que conducirlos al Calvario; y mostrándoos allí á María, os diré con el Profeta: «Contemplad y ved todos los que lloráis y sufrís, si hay dolor comparable á su dolor.»

Al expresarse así la Escritura, habla de un dolor excesivo, poderoso, agudo, penetrante, que no somos capaces de comprender, ménos aún de sentir. ¿Puede cualquiera amar tanto como una madre, y por consiguiente sufrir tanto como ella? Hablad vosotras las que habéis experimentado los encontrados afectos de la maternidad. Vosotras sabéis muy bien, cuán dichosa es una madre cuando espera ver á su hijo colmado siempre de alegría y bienandanza; pero no comprendéis menos cuál brota sangre el corazón de aquella que no ve otro porvenir para el querido fruto de sus entrañas, sino el sufrimiento y la desgracia. Sí: sólo vosotras sois capaces de formar una justa idea de los sufrimientos de María. También Ella poseía un Hijo único, de una bondad sin semejante, y digno de mejor suerte, pues que su vida entera no se empleó más que en hacer bien á la humanidad.... Pues bien, ese Hijo está destinado á sufrir, y el dolor le seguirá donde quiera desde la cuna al sepulcro.

Ahora bien, ante la perspectiva de un padecer nunca interrumpido de un hijo, ¿puede una madre vivir, ser dichosa y gozar algún reposo en la tierra? ¿Habrà una sola caricia que no esté llena de amargura para su corazón maternal, un beso que no esté emponzoñado? La vida entera de semejante madre, ¿no será un largo y doloroso suplicio, un perpetuo y cruel tormento?

Tales fueron los sufrimientos de Jesús y de María. Escuchad... Una voz autorizada, la voz del anciano Simeón, déjase oír en el Tem-

plo; y esta voz penetra, destroza, desgarrar el corazón de María en lo que hay de más doloroso, sensible y punzador para una madre: «Una espada de dolor traspasará tu alma.» *Tuam ipsius animam pertransibit gladius...* ¿Qué dices, anciano pontífice? Tú te engañas. Esa espada que la predices ha traspasado ya su corazón maternal. ¿Es posible, acaso, decir á una madre: «Tú serás abrevada de amargura,» sin que en el mismo instante sea la más desgraciada de las mujeres? Hablarla de un porvenir terrible y sombrío para su querido hijo, ¿no es emponzoñar de un golpe toda su existencia? Vaticinarla un cáliz de hiel, ¿no es hacerla ya apurar el dolor hasta sus últimas heces? Anunciarla la muerte de su niño, ¿no es asesinarla moralmente, ahogando en ella todo consuelo, destruyendo todas sus esperanzas, arrebatándole toda su felicidad?... ¿Qué haces, pues, oh anciano, tan experimentado en la vida humana? ¿Qué palabras diriges á la más tierna de las madres? ¡Y en qué ocasión! Cuando radiante de dicha entra en el Templo á presentar su Hijo; cuando la voz del amor y de la gratitud maternales exhala en cánticos de reconocimiento; cuando sobre su augusta frente brilla la doble auréola de la virginidad y la maternidad; cuando llena de entusiasmo aprieta contra su seno al fruto de sus entrañas; entonces es cuando te atreves á decirle: «Una espada de dolor traspasará tu alma.» ¡Oh! no se dicen semejantes cosas á una madre; no se condena así al dolor á un corazón tan abrasado de amor.

¡Circunstancia notable! Poco hace que María hacía subir hasta el trono del Altísimo aquel sublime cántico de *reconocimiento*, aquel homenaje perfumado con el aroma de sus virtudes: *Fecit mihi magna qui potens est*; y cuando en el día de los primeros vagidos de la infancia del Salvador iba María á repetir esas mismas palabras, entonces escuchan sus oídos el anuncio de los más crueles dolores... ¿Comprendéis ahora, M. A. O., por qué es llamada María Reina de los mártires?

Pero no es esto todo. Seguidme al Calvario; asistid conmigo á todas aquellas escenas inauditas que allí se representan; ved cómo los verdugos desgarran los miembros del Salvador; escuchad el ruido de los martillos que le clavan en un infame leño. ¿Quién sufre allí más, el Hijo ó la Madre? Ambos participan de un mismo torrente de amargura; idéntica es la Cruz de la Madre y del Hijo. Si las espinas penetran la cabeza de Jesús, sus puntas no taladran ménos el corazón de María; si á él le presentan hiel y vinagre, toda su amargura la apura María; cuando los verdugos hieren, María recibe los golpes... Hállanse allí el Hijo y la Madre, cual dos espejos colocados de frente, que se envían recíprocamente todos los objetos que reciben. ¿Comprendéis ese flujo y reflujo de dolores? Sí: el dolor de Jesús se refleja en María, y de ella vuelve otra vez á Jesús... es un mismo suplicio. ¿Y qué decir de aquel último adiós de un Hijo único, crucificado entre dos malhechores, de aquel grito de agonía y de amor de la divinidad que se despide, y de la humanidad que deja en legado á María?

Veamos ahora qué hace María durante el sangriento drama del Calvario. Allí está viva, de pié delante de la Cruz: *Stabat juxta Cru-*

*cem*; porque la muchedumbre habíase dispersado, comprendiendo que había allí dos dolores supremos. Si, pues, me preguntáis cómo el Corazón de María no se hizo pedazos en fuerza del dolor, al modo que se quebrantaron las rocas de aquel monte al ver morir á Jesús, yo por mi parte os diré que lo ignoro. La religión, empero, os dirá por mi boca que, siendo Jesucristo un modelo demasiado elevado para la humanidad, necesitaba otro que estuviese más á su alcance, y este modelo que se nos dió para enseñarnos á sufrir resignados, es María. Por eso cuando en el lecho de nuestra agonía el sacerdote se presenta á nuestra cabecera mostrándonos una Cruz y sobre ella un Dios clavado por nuestros pecados, si el desaliento se ampara de nosotros, entonces el hombre de Dios nos consuela y fortalece mostrándonos á María y diciéndonos: ¡Ved la madre de vuestro Redentor, que al pié de la Cruz se hizo también Madre vuestra!

Ahora ménos que nunca comprendo las blasfemias y murmuraciones que á algunos arrancan los padecimientos; cuando Jesucristo ha venido al mundo á enseñarnos á sufrir. ¿No ha marchado delante de nosotros en esa dolorosa senda de las tribulaciones y de los martirios? ¿Y no está además María con nosotros para ser nuestro apoyo, nuestro consuelo y nuestra esperanza? ¿Ignoramos que las plegarias de esa buena y tierna Madre son siempre favorablemente escuchadas?

Concluyamos, pues, de todo lo dicho en este discurso, que es preciso, á ejemplo de María, vivir en la humildad, en la pobreza y en el sufrimiento. Dejemos á los paganos abrevarse en las emponzoñadas cisternas del orgullo, de la avaricia y del placer. Ved si la Maternidad divina concedida á María no la ha proporcionado más que delicias. Si Dios, en virtud de algún privilegio ha dado á algunos fortuna y prosperidad, no es menos cierto que sólo ha prometido el Cielo á los que sepan conquistarle. *Violenti rapiunt illud*. Como quiera, pues, que la vida cristiana consiste en imitar la vida de Jesús y de María, fundada en la humildad, en la pobreza y el sufrimiento, hácese forzoso practicar estas virtudes para adquirir la felicidad eterna.

Cuando vengan los días de tribulación que nos envía la Providencia, soportémoslos valerosos y resignados para expiar las seducciones de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Tened, empero, presente, que al decirnos que seáis pobres, no debéis confundir la verdad con el error, pues no es verdaderamente pobre el que lucha en su miseria despreciando al rico, envidiando sus riquezas, y removiendo el suelo por satisfacer á toda costa los deseos desenfrenados de su alma. No es verdaderamente pobre el que no comprende aquellas dos palabras salidas de los labios de Jesucristo y dirigidas á la multitud sobre la montaña: «Bienaventurados los que lloran:» *Beati qui lugent*; «Bienaventurados los que padecen:» *Beati qui persecutionem patiuntur*. Bien se puede ser pobre poseyendo grandes riquezas, toda vez que éstas se miran como un depósito confiado por la Providencia, cuando poseyéndolas, el corazón no se adhiere á ellas, comprendiendo que sólo proceden de Dios y que quien las tiene no es más

que un limosnero de Dios en nombre de Jesucristo: *Dispensatores Dei*.

La vida humana hállase más ó menos sembrada de penalidades y dolores. La resignación, pues, es un deber de todo cristiano. Cierto que como hombres se nos resiste el sufrir, el humillarnos y soportar la pobreza; pero esta es la ley del Evangelio, Jesucristo nos la ha dado, y El es quien ha realizado en su persona esas tres grandes virtudes: la humildad, la pobreza y el sufrimiento.

¡Insensatos vosotros los que vinculáis todo vuestro placer en acumular tesoros sobre tesoros! Un día vendrá á visitaros la muerte, tal vez en el momento en que creáis haber puesto el colmo á vuestras riquezas; y os dirá: ¡Basta! precipitándoos en la eternidad, adonde ni una sola moneda de vuestro oro os acompañará. Y vosotros que no soñáis más que en satisfacer con presteza vuestros insaciables deseos, abismándoos en toda clase de placeres, en las locuras de los sentidos y del corazón, en los ensueños de una imaginación depravada, y sin embargo, os juzgáis dichosos, ¿qué sentiríais si la muerte os sobrecogiese en vuestros crímenes para lanzaros en la eternidad?

Hémos, pues, M. A. O., colocados entre dos alternativas: la vida cristiana, y la vida mundana. ¡Escoged!... En cuanto á mí, no vacilo un momento en marchar tras las huellas de María, y no dudo que vosotros también imitaréis á tan buena Madre, esforzándoos generosamente á copiar en vuestras almas ese divino modelo. Y si las dificultades os asustan, si os detienen los obstáculos, no olvidéis que en el Cielo tenemos una Abogada piadosa á cuyos ruegos nada resiste, y confiad en ella: *Advocata nostra*. María es también la Virgen poderosa que todo lo puede en favor nuestro si recurrimos á su protección: *Virgo potens*. Llena está siempre de misericordia para con los hijos que corren á abrigarse bajo su manto maternal: *Virgo clemens*. Y vosotros, sobre todo, pobres pecadores, que tanto necesitáis de consuelo y esperanzas, venid á María que es vuestro refugio firmísimo. *Refugium peccatorum*. Venid también los que en vuestra vida no experimentáis otra cosa que dolores y tribulaciones; nadie mejor que María conoce los secretos del corazón que sufre, y por eso es llamada consuelo de afligidos: *Consolatrix afflictorum*.

Todos, por último, cualesquiera que seamos, dirijámonos confiados á María. Y cuando en la triste travesía de nuestra vida nos veamos expuestos á naufragar, cuando la frágil barquilla de nuestra alma se sienta balancear empujada por las espumosas olas, cuando en lóbrega noche oigamos bramar el trueno y veamos el rayo sobre nuestras cabezas, repitamos sin cesar el nombre de María, y bien pronto responderá á nuestros gritos esa Estrella de los mares: *Stella maris*, y conducidos por ella llegaremos al puerto de salvación. Realizad, ¡oh María! este ardiente deseo de vuestra alma; haced que un día estemos con Vos y cerca de Vos en el Cielo; que los pastores y las ovejas nos veamos reunidos, para gozar de vuestra posesión por los siglos de los siglos.

M. COQUEREAU.

## DISCURSO

PARA EL DÍA 14 DE MAYO.

### DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Dignidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Majestad del sufrimiento.—2. Dignidad de los dolores de una madre.—3. Razón de los Dolores de María.

PUNTO SEGUNDO.—Generosidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Ella se inmola con su Hijo.—2. Su constancia.

PUNTO TERCERO.—Fecundidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Nos da por segunda vez á su Hijo.—2. Nos es dada por Madre.

*Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*  
Una espada traspasará tu alma.

(Luc., II., 35.)

MARÍA había sido asociada á las prolongadas y laboriosas preparaciones con que el Salvador prelujiara su último sacrificio. Llegado el momento de consumarle, la Virgen inmaculada no podía separarse de Jesús. Una alianza íntima unía el corazón de la Madre al corazón del Hijo, é idénticos dolores debieron asociar á ámbos al pié de la Cruz para consumir la grande obra de la Redención.

Nada nos dice el Evangelista de los dolores de la Santísima Virgen; y es creible que su silencio fuese efecto de la imposibilidad en que se hallaba de explicarlos. De muy antiguo se ha dicho que los pequeños dolores hablan, pero los grandes enmudecen. Convenía, pues, que el Evangelio callase; pero una sola palabra, deslizada, digámoslo así, de los labios de los sagrados historiadores, nos dice lo bastante para poder yo ofreceros en la presente ocasión algunos objetos de piedad y edificación. «La Madre de Jesús estaba de pié al lado de la Cruz de su Hijo.» Nada más dice el Texto sagrado. Pero, ¡cuán inmensas enseñanzas encierran estas breves expresiones! Procuraré resumirlas en los mas cortos términos posibles.